

La Palabra de Dios vino a su casa

CARMELO BUENO HERAS*

El texto exacto de la cita bíblica que encabeza estas páginas se expresa así: *«Vino a su casa y los suyos no la recibieron, pero a quienes la recibieron les dio el poder de...»* (Juan 1,11-12). Tal vez, un minucioso investigador del texto me reproche el haberme permitido escribir en el título el sujeto del verbo y haber alterado la literalidad de la expresión evangélica. Mi atrevimiento no lo es tanto, porque el propio autor del prólogo de este Libro así lo sugiere: la Palabra era Dios (1,1), la Palabra era la luz (1,9), la Palabra de Dios vino a su casa... Esta Palabra es Jesús de Nazaret, que nació y creció en su familia y entre las gentes de su pueblo. Y en esta experiencia tan humana que es el vivir, se puede afirmar que Jesús acogió y encarnó el reto del viejo profeta que hablaba en nombre de Dios: *«aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, proteged a la viuda. Venid, entonces, y disputemos, dice Dios»* (Isaías 1,17-18). Los tiempos de Isaías y los de Jesús fueron muy distintos, pero semejantes en dificultades y confrontaciones, en diálogos y desencuentros, como se deduce del citado mensaje joánico. Tanto Isaías como Jesús, inspirados por el Dios en quien creían, nos empujan y ordenan realizar un doble ejercicio: actuar según un determinando estilo de vida y luego dialogar.

Con esta ocupación entre mis manos, recordé que varias personas y en momentos distintos me han enviado un curioso cuento anónimo a través de los caminos de la red. En los primeros archivos sólo aparecía el texto;

* Profesor del Instituto Superior San Pío X.

posteriormente le han incorporado dibujos y, sin duda, habrá ya quien se las esté ingeniando para ilustrarlo con varias fotografías espectaculares.

Los dos anteriores mensajes bíblicos y este cuento inician, pues, las reflexiones de estas páginas que tienen como objetivo presentar la Biblia como puente de unión, como red de encuentro para el diálogo o como expresión de tolerancia con quienes convivimos. El cuento se titula *La carrera de sapos* y dice así:

«Érase una vez una carrera de sapos. El objetivo consistía en llegar a lo alto de una gran torre. Había en el lugar una gran multitud, mucha gente para vibrar y gritar. Pero como la multitud no creía que pudieran alcanzar la cima de aquella torre, lo que más se escuchaba era: ¡Qué pena, esos sapos no lo van a conseguir! ¡No lo van a conseguir!

Los sapitos comenzaron a desistir. Pero había uno que persistía y continuaba subiendo en busca de la cima. La multitud continuaba gritando: ¡Qué pena! ¡No lo van a conseguir! Y los sapitos iban dándose por vencidos, menos aquel sapito que subía y seguía tranquilo. Y cada vez con más fuerza.

Llegando ya el final de la competición, todos desistieron menos ese sapito que, curiosamente, en contra de todos, seguía y pudo con todo su esfuerzo llegar a la cima. Los otros querían saber qué le había pasado. Un sapito fue a preguntarle cómo había conseguido concluir la prueba. Y... ¡descubrieron que era sordo!».

El texto del cuento siempre me ha venido acompañado de alguna breve y orientadora «moraleja». Transcribo las tres que he recogido y que sugieren al lector tres ópticas de interpretación: La primera: «*No permitas que personas con el pésimo hábito de ser negativas derrumben las mejores y más sabias esperanzas de tu corazón*»; la segunda: «*Recuerda siempre el poder que tienen las palabras que veas o escuches. Y preocúpate, por lo tanto, de ser positivo*», y la tercera: «*Hazte el sordo cuando alguien te diga que ya no puedes realizar tus sueños*». Estas tres interpretaciones me sirven en bandeja la organización de mis reflexiones sobre la Palabra de Dios y el asunto del diálogo como camino para el encuentro y la tolerancia entre los humanos.

1. Las esperanzas del corazón

La esperanza del corazón de los sapitos del cuento era alcanzar la cima de aquella torre. Nada se nos dice de la recompensa final de tal competición. El objetivo era llegar y era posible conseguirlo, porque al menos uno sí lo hizo. Ciertamente un cuento es, en primer lugar, un cuento. Para muchos, una mentira. ¿Cuándo y en dónde tiene lugar una competición así? Sapos y torres sí hay en muchísimos lugares, pero la tal carrera de sapos no existe. Se trata, pues, de un cuento de animales.

Sin embargo, todo el cuento comienza a transformarse cuando uno se atreve a «interpretar». Si el sapo no es un sapo, sino por ejemplo una persona, entonces la torre puede ser el plan de estudios, el trabajo, el dinero, la política, la justicia... En cada caso, la persona comienza a ser consciente de qué debe hacer para llegar a la cima. Pero el sapito puede ser también una institución, un equipo de trabajo, una familia, un centro educativo, un grupo de reflexión, una ONG, una parroquia... o yo mismo. Y del mismo modo, la torre deja de ser torre para transformarse en un ingente abanico de objetivos o pretensiones, que me atrevo a calificar como «las esperanzas del corazón».

Cuando alguien, personalmente o en grupo, inicia la tarea de interpretar, en ese mismo momento comienza a considerar el texto como «otro yo» con quien dialogar. Y sin género de dudas, el tema de tan singular diálogo será siempre la realidad de la vida, personal o grupal, que nos afecta. Esta realidad existencial, «tocada, alterada, evaluada o valorada», se convierte entonces en la recompensa del esfuerzo realizado. El cuento, desde esta nueva perspectiva, ha dejado de ser una mentira y ha pasado a convertirse en sabroso alimento humano de verdad y de vida.

No creo haber dicho hasta ahora nada nuevo, porque sé que todos hemos realizado en multitud de ocasiones ejercicios como el que acabo de sugerir. Tampoco aportaré novedades si añado, por aludir a la anunciada pretensión de estas páginas, que también los libros de la Biblia nos ofrecen relatos que, en una primera o literal lectura, podríamos calificar de «mentirosos». ¿Quién

no recuerda alguna de las muchas parábolas puestas en boca de Jesús? ¿Cómo va a ser posible que el Reinado de Dios sea una semilla o una pizca de levadura, como nos recuerda Mateo 13? ¿Cómo va a ser posible que un secreto gesto de Jesús convierta el agua en vino, el mejor según la denominación de origen de entonces, como nos anuncia Juan 2? La relación de interrogantes se nos haría interminable si pretendiéramos recoger aquí todos los que nos ofrecen las páginas bíblicas. Deseo, sin embargo, mencionar sólo un par de textos que ejemplifican adecuadamente el ejercicio que hasta aquí tenemos entre manos.

Los capítulos 11 y 12 del segundo Libro de Samuel narran una de las acciones más deshumanizadoras del ya gran rey David. Ante esta deplorable conducta del monarca, un hombre llamado Natán toma la decisión de presentarse ante el rey para contarle un cuento: «Había dos hombres en una ciudad...». La mentira del cuento de Natán no era otra cosa que el vestido que cubría la vergonzosa desnudez de la verdad del pecado de David. Natán no hablaba en su cuento de una ciudad virtual, ni de dos hombres desconocidos. La ciudad era Jerusalén y los hombres, el propio David y su fiel servidor Urías. Pero esto, sólo lo descubrió el rey David cuando se dejó cautivar por el relato y comenzó a preguntar con la intención de «interpretarlo».

El segundo texto pertenece al NT e ilustra igualmente «la verdad de un mensaje» en la mentira de su ropaje. También **los capítulos 11 y 12 del Evangelio de Marcos** relatan la entrada de Jesús en Jerusalén y su desautorización del poder del templo de Jerusalén. Ante esta situación, la desenmascarada y denunciada cúpula del poder religioso (sumos sacerdotes, escribas y ancianos) se presentan ante Jesús para pedirle explicaciones. Se dirigen a Jesús, el desenmascarador y denunciante, para dialogar sobre el asunto del poder religioso. El diálogo concluye cuando Jesús cuenta un cuento (12,1-12). Es decir, cuando pone ante los ojos y el corazón de sus interlocutores la verdadera realidad existencial que se vive en torno al templo. Una realidad que ha olvidado la auténtica razón de su identidad y de su misión: ser presencia de Dios en

medio del pueblo. Por eso, a la institución templo y a quienes la gobiernan sólo les quedan dos alternativas: convertirse o desaparecer. Jesús, aunque intuye que estas personalidades del poder religioso no están dispuestas ni a convertirse ni a acabar con aquella mentira del templo, se arriesga a ofrecerles una nueva oportunidad para continuar el diálogo, provocar la reflexión e iniciar un nuevo camino de conversión. La oferta que pone sobre la mesa es un cuento o, como suelen decir los especialistas de la crítica literaria, una parábola de parábolas. El final del cuento es también el final del diálogo.

La intuición de Jesús era cierta: ni conversión de unos, ni desaparición del templo. Él acababa de firmar su propia sentencia y sólo quedaba fijar el día de su ejecución: *«Trataban de detenerlo, pero tuvieron miedo a la gente, porque habían comprendido que la parábola la había dicho por ellos. Y dejándolo, se fueron»*. La ruptura de este diálogo sobre el asunto religioso del templo de Jerusalén provocó un abierto enfrentamiento, que ya todos sabemos cómo acabó. Pero, leído y valorado este acontecimiento desde el horizonte de los siglos transcurridos, podemos afirmar que las esperanzas del sueño de Jesús siguieron, y siguen, vivas y activas, aunque también se pueda constatar que las pretensiones de poder de aquellas autoridades religiosas judías siguen encarnadas en otras estructuras o personas.

Si hoy, un nuevo Natán u otro Jesús comparten con nosotros su cuento bíblico, el relato de su verdad sobre la vida y las personas, ¿será sólo para distraernos de la realidad que nos rodea o para implicarnos y complicarnos en ella?; ¿será sólo para llenar nuestras cabezas de nuevos archivos literarios o para despertar nuestros corazones y ponerlos en marcha hacia la utopía de las esperanzas de Dios?; ¿será sólo para contemplar, por ejemplo, una carrera de sapos o para ser ese sapito que corre, que sube, que trepa y que llega a la cima de la torre? Ojalá que, al menos, estas «mentiras del texto de la Biblia» nos inviten a encontrarnos, nos susciten el diálogo, nos provoquen la investigación y nos empujen a caminar.

2. El poder de las palabras

Las palabras de la gente, según el cuento de «la carrera de sapos», manipularon las decisiones de los sapitos. Éstos comenzaron ilusionados su competición, pero todos menos uno acabaron convencidos de lo contrario por haber escuchado, tal vez, no las razones de su corazón, sino las palabras de sus des-animadores seguidores. ¿Será verdad que «la palabra», como dijo el profesor Lázaro Carreter, es un dardo? No pretendo en este apartado del artículo recoger las conclusiones que, sobre este asunto del poder de la palabra, sostienen los estudiosos de la hermenéutica, de la psicología o de la sociología del lenguaje. Tampoco quiero relacionar esta cuestión de «la palabra» con aquel principio de finales del siglo pasado que decía que «el medio es el mensaje». Sigo estando, y a eso invito, con la Biblia entre las manos. Si esta biblioteca en formato de libro que es la Biblia no tuvo ni tiene poder, ¿por qué nunca se dejó de publicar, de traducir, de leer, de estudiar...? Los hechos están ahí, hablan por sí solos y contra ellos no hay argumento que resista. Quiero únicamente subrayar dos acontecimientos, constatados en el interior mismo de la propia Biblia, que avalan el poder positivo y humanizador de esta palabra bíblica.

El primer acontecimiento sucede en los tiempos del viejo Israel, que entre nosotros denominamos Antiguo Testamento, y que está contado en el Prólogo del Libro del Eclesiástico, escrito por un traductor griego: «Muchos y grandes dones hemos recibido de la Ley, los Profetas y los Otros que les han seguido, por los que Israel merece alabanza de sabio e instruido... El año treinta y ocho del rey Evergetes (el Benefactor) viene a Egipto... y me pareció necesario aportar también mi trabajo y esfuerzo a traducir este libro... en beneficio de los emigrantes deseosos de aprender y predispuestos por sus costumbres a vivir según la Ley» (versos 1-35). Según estas referencias históricas del traductor griego, nos encontramos en la segunda mitad del siglo II antes de Cristo. Para entonces, Israel ya había seleccionado y catalogado los documentos escritos que fijaban su sabia y rica personalidad histórica, religiosa, política y cultural. ¿Podría decirse hoy que este conjunto de

«escritos» era ya «la Constitución judía»? Sin ninguna duda, en estos escritos, clasificados como Ley (Torá), Profetas (Nebim) y Otros (Ketubim), se encuentran las señas de identidad de este pueblo. A partir de ahora, quienes deseen responder preguntas importantes como ¿qué es Israel?; ¿por qué llegó a ser así?; ¿qué es el judaísmo?; ¿qué significa ser judío?... deben acudir a estos escritos para poder encontrar las respuestas adecuadas. Y nada de todo esto deberá olvidarse en cualquier encuentro, diálogo, confrontación o negociación con personas de este pueblo y de este credo.

¿Por qué, me pregunto y se lo preguntan muchos, Israel llevó a cabo la tarea de elaborar su Biblia, que nunca la llamarán, como nosotros, Antiguo Testamento? Una de las muchas razones que cuenta con más peso entre los investigadores señala que la opción de Israel por identificar, conservar y transmitir sus «escritos» hunde sus raíces en la amarga experiencia del destierro (587-540 a.C.). El pueblo se quedó sin tierra, sin patria, sin su capital de Jerusalén, sin su templo de Yahvé, sin sus sacerdotes, sin sus liturgias... Y además de esto, padece la amarga realidad de ser esclavo y extranjero. En estas circunstancias, ¿cómo sobrevivir y cómo mantener la identidad?... La vuelta del destierro y la posterior reconstrucción del templo, de Jerusalén, de la Ley y de las diversas instituciones del pueblo y de la tierra promovidas por Zorobabel (hacia el 520 a.C.), Esdras (hacia el 460 a.C.) y Nehemías (440 a.C.), suscitaron la imperiosa necesidad de codificar y fijar las fuentes de su identidad histórica, nacional, cultural y religiosa. Desde estos momentos, el gran libro de sus libros (rollos, en aquella época) será, para siempre y hasta el final de los tiempos, la referencia constante para todo judío, el cimiento de la unidad y de la pervivencia del pueblo. Israel se convierte, en los años de este largo proceso de reconstrucción, en el pueblo de la Biblia o «el pueblo de la Palabra». Y así es como lo reconoce y lo valora el mencionado anónimo traductor griego del Libro del Eclesiástico. El propio nombre hebreo de este libro alude directamente a la comunidad judía (*qahal*, *ecclesia* en griego).

El segundo acontecimiento, que nos invita a considerar la cuestión del poder de la palabra, sucede en una, entre otras muchas, de las comunidades cristianas que nos presenta el Nuevo Testamento: la del Evangelio de Juan.

Estos seguidores de la Buena Noticia del Galileo presentan a Jesús como «la Palabra» (Jn 1,1), que es el Hijo de Dios, que ha venido a vivir entre nosotros para comunicarnos (revelar-desvelar) quién es Dios (Jn 1,18). Para el autor y los lectores de este cuarto Evangelio, Jesús de Nazaret se presentó ante las gentes de Israel como la Palabra de Dios y como el Templo de su presencia en medio del pueblo. Seguramente, muchos se preguntaron entonces por el valor, el sentido y el poder de su Ley, de sus Escritos, de su único Templo y de sus instituciones o tradiciones. Con Jesús y desde la convicción de sus seguidores joánicos, «la palabra» no es un «qué» objetivo y fijado, sino un «quién»: una persona, única e histórica, Jesús de Nazaret. De esta persona nunca se podrá decir todo en un relato, ni en un discurso, ni en un credo, ni en una imagen, ni... Basta acercarse a cada una de las cuatro narraciones evangélicas para caer en la cuenta de que estamos ante cuatro maneras bien distintas de «entender» o de «hablar» sobre él. Quizá podamos coincidir en llamar a Jesús «la Buena Noticia» (el *eu-aggelion*), lo bueno y positivo que irrumpe siempre ante la realidad y el futuro de los seres humanos y que rompe la simetría de una imagen de Dios que salva a unos y condena a otros.

Me he atrevido a poner en nuestras manos el acontecimiento o, mejor, la confesión o testimonio del cuarto evangelio no sólo porque en su prólogo identifica la palabra con la persona de Jesús, sino más bien porque a lo largo de toda la narración podemos contemplar a un Jesús dialogador que acoge a quien desea hablar con él, se hace el encontradizo con quien lo necesita y hasta provoca el encuentro con sus declarados opositores. El autor de este relato evangélico parece haberse afanado por dejar constancia de todos los diálogos de Jesús y hasta se ha atrevido a imaginar alguno de estos encuentros que sucedieron en la más estricta privacidad, como aquella cita a solas con la mujer samaritana (Jn 4) o el cruce de palabras con Pilato en su particular recinto de audiencias o pretorio (Jn 18,33-38; 19,8-11). Sorprende, en otras ocasiones, que este autor haya sido capaz de retener y luego transcribir tantos y tan largos discursos puestos en boca de su protagonista, como el que sigue al lavatorio de los pies y la posterior cena (Jn 13-17).

Quien se acerque a este llamado Evangelio de Juan pronto quedará impresionado por la fuerza de luz, de vida y de esperanza que surge de las palabras de la Palabra que es Jesús. El cristiano que desee adiestrarse en el arte de dialogar con toda suerte de personas, ideologías o credos deberá estudiar detenidamente no sólo los contenidos de su mensaje, sino también las actitudes, capacidades y destrezas del protagonista que nos presenta en su cuarto evangelio «el discípulo amado, aquel a quien Jesús quería».

3. Hacerse el sordo

¿Qué hubiera sucedido si el sapito de la cima de la torre no hubiera sido sordo? Nada dice el cuento a propósito de esta hipótesis. La sordera de éste ya simpático animal ejemplifica, según mi interpretación, el valor del silencio, ese ámbito interior imposible de describir en el que todo se escucha, se contempla, se medita y se decide. La literatura espiritual alude a estas mismas realidades de la persona o de los grupos con la imagen del desierto. Tampoco en estas páginas osaré sintetizar las conclusiones de lo investigado y escrito sobre las distintas y distantes doctrinas sobre el desierto o el silencio. Como en los apartados anteriores, e inspirado en sólo dos datos de la Biblia, pretendo evocar esa actitud, definida como «hacerse el sordo» o «mirar para otro lado», que es siempre una apuesta por el mantenimiento de unas buenas relaciones dialogales o por la superación de las tensiones y enfrentamientos entre las personas. Flexibilidad, lo llaman otros, para doblarse sin doblarse ni romperse.

El primer dato me lo inspira el afortunadamente muy desconocido salmo 58 (57): *«¿Es verdad, poderosos, que dais sentencias justas, / que juzgáis rectamente a los hombres? / No, que cometéis a conciencia crímenes en la tierra... / Oh Dios, rómpelos los dientes en la boca, / quiebra, Señor, los colmillos a los leones... / Goce el honrado viendo la venganza, / bañe sus pies en la sangre de los malvados...»*. Creo que el dato bíblico al que estoy aludiendo está bien definido en el texto: El odio al enemigo (malvado, injusto,

extranjero...), por un lado, y la venganza del justo, por otro. Recuérdese, por aludir también a los tiempos del Nuevo Testamento, el relato del apedreamiento de Esteban (Hechos 7). Tanto el odio como la venganza aparecen citados en numerosas ocasiones en el texto bíblico. Y no son pocas las lecturas de estos relatos que se realizan en la liturgia cristiana. ¿Cómo es posible afirmar e invitar a confirmarlo, sin haberlo dialogado o discernido convenientemente, que esto es «Palabra de Dios»? ¿Acaso no hiere la sensibilidad más endurecida la escucha, ¡en la celebración eucarística del Jueves Santo!, de la narración del asesinato de «todos» los primogénitos egipcios, realizado por el ángel de Dios?

El sagrado libro de la Biblia recoge multitud de referencias que invitan, en nombre del Dios en quien se cree, a la exclusión, al odio y a la venganza. Y estas referencias pueden encontrarse tanto en la Ley, como en los Profetas y en los Otros escritos. También estas actitudes las encontramos encarnadas en los más cercanos seguidores de Jesús. ¿Qué postura debe adoptarse ante estos mensajes? ¿Se les debe considerar sin más como Palabra de Dios por encontrarse en los libros bíblicos? ¿Se les debe ignorar o suprimir? Estos interrogantes no son nuevos y estuvieron presentes en las comunidades cristianas del siglo II cuando tuvieron que enfrentarse a la postura radical de Marción que se mostró partidario del olvido de la Biblia judía, al menos, en la celebración de la liturgia cristiana. Ya se expresó anteriormente que los libros de nuestro Antiguo Testamento están ahí como expresión de la identidad de un pueblo. La supresión de los mismos implicaría también la exclusión de quienes se reconocen en ellos. Muchos creemos que es más respetuoso «hacerse el sordo» y «mirar para otro lado». Tal vez, este respeto esté inspirado en el mensaje y la propuesta de discurso de las bienaventuranzas que el evangelista Mateo (5,3-7,29) pone en boca de Jesús: «habéis oído que se dijo a los antiguos..., en cambio, yo os digo».

Y para ser justos con los datos bíblicos, se ha de reconocer que tanto en la Ley, como en los Profetas y en los otros escritos de la Biblia judía encontramos explícitas referencias a la misericordia, la universalidad, la acogida de

los extranjeros, la tolerancia y el diálogo con los diferentes. En muchos de estos contextos se le pide al judío que recuerde que en sus orígenes él mismo fue esclavo y extranjero en Egipto y alcanzó la liberación (Levítico 19,9-10; 23, 22 ; Deuteronomio 24,17-22). Tampoco debe olvidarse la frecuente lectura de los libros de Jonás, de Rut y de la Sabiduría, porque en ellos se expresan las actitudes y comportamientos humanos más cercanos a la práctica y a la propuesta personalizadora y universal del mismo Jesús.

El segundo dato, que sugiero al lector de estas páginas y que ilumina la actitud del silencio respetuoso frente a lo opuesto y al enemigo, pertenece al Nuevo Testamento y tiene como referente al propio Jesús en su experiencia del desierto. Esta experiencia la cuentan explícitamente los tres evangelios sinópticos. La narración de Juan recoge esta misma tradición, pero queda expresada de forma muy diferente en su evangelio. En el desierto, Jesús experimenta la tentación. En el silencio del desierto, la persona escucha todas las voces y contempla todas las opciones. Dice Marcos (1,12-13) que Jesús estaba acompañado por los ángeles y las bestias. Mateo (4,1-11) y Lucas (4,1-13) añaden que Jesús sintió hambre. En este contexto, Jesús fue tentado por Satán (el malo, dicen unos; para otros, el fiscal de Dios). Aunque pudiera parecer lo contrario, curiosamente, este silencio del desierto es el ámbito donde mejor se experimenta el diálogo, la confrontación con uno mismo y con la realidad del mundo y de los otros. Posiblemente, sin esta experiencia de silencio y de desierto el diálogo y el encuentro entre las personas carecerá de contenidos. Ninguno de los tres evangelistas estuvo con Jesús en esta experiencia. Entonces, ¿por qué se atreven a expresar lo que Jesús sentía, quiénes lo acompañaban y qué opciones asumió? Seguramente, la contemplación de toda la vida de Jesús inspiró a estos narradores sus correspondientes relatos de las tentaciones del desierto. Nos importa ahora, sobre todo, rastrear las actitudes y las decisiones de Jesús que los evangelistas nos presentan. Para Marcos, Jesús contempla la presencia de los ángeles servidores y la de las bestias. Ángel es «la noticia», posiblemente, la noticia de Dios. Para Jesús, estos ángeles servidores son las noticias de su Dios: creador, padre de todos, perdonador... La literatura apocalíptica identifica

los poderes de este mundo con la imagen de las bestias (Daniel, Apocalipsis). Mateo y Lucas subrayan el hambre que luego provoca la tentación. ¿Qué hambre?: ¿el hambre de pan y de comida?; ¿el hambre del poder, del prestigio, del templo o la riqueza?; ¿el hambre de Dios? El diálogo con el tentador, que sólo Mateo y Lucas nos transmiten, diálogo inter-religioso sin ninguna duda, nos ofrece las respuestas a los interrogantes: al Dios en quien cree Jesús y a su proyecto creador y humanizador, sólo se le hace presente en la actitud y en la práctica constante no del poder, sino del servicio. Ante el poder de la riqueza que le ofrece el tentador, Jesús se hace el sordo. Ante el poder absoluto del gobierno del mundo que le ofrece el tentador, Jesús mira para otro lado. Ante el poder del templo avalado por la ley de Dios que le presenta el tentador, Jesús no se doblega y le prohíbe hablar así de Dios.

En la larga escucha del silencio del desierto, Jesús ha discernido y optado. Se ha hecho el sordo a muchas voces y mensajes, ha mirado de soslayo muchas realidades y, sin doblegarse ni romperse, ha escogido el camino de servir a los más debilitados y excluidos. Se ha puesto en marcha y camina esperanzado hasta encontrar, una a una, las ovejas perdidas, *«porque vuestro Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños»* (Mt 18,14).